

KUNDALINI

una experiencia oculta

G. S. Arundale



G. S. ARUNDALE

KUNDALINI

una experiencia oculta



Título del original: *Kundalini, an occult experience*

**D. R. © 1962, THE THEOSOPHICAL PUBLISHING HOUSE
Adyar, Madras 20, India**

Primera edición en español: 1983

Séptima edición: 2002

D .R. © EDITORA Y DISTRIBUIDORA YUG, S.A DE C.V.

Puebla 326-1, Col. Roma,

CP 06700, México, D.F.

e-mail: editorial@yug.com.mx

www.yug.com.mx

**Prohibida la reproducción parcial o total
sin permiso por escrito de la casa editora**

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

ISBN 968-7149-30-2

Indice

	<i>Pág.</i>
ACLARACIÓN	3

El libro, lo subrayamos, no es una guía para *despertar* a la *kundalini*. Por otra parte, existe un aura que envuelve a todo experimento y vivencia lícitos, que puede ser comunicada aun por medio de la palabra impresa. Esta aura no solamente aclara el punto de vista del estudiante de la vida sincero, sino que también le ayuda a elevar su conciencia hasta los más espiritualizados niveles donde lo eterno reside menos encubierto por las sombras del tiempo.

1. LA NATURALEZA DE LA KUNDALINI . 11

Algunos vislumbres de la acción de la *kundalini* le son otorgados al estudiante que se contenta con observar y no saber a fondo. Léanse a la ligera las descripciones, no mentalmente sino de modo intuitivo. De esa manera, por fantásticas que parezcan, el lector percibirá que realmente lo son, no por falsas sino por resultar demasiado ciertas.

	<i>Pág.</i>
2. LA <i>KUNDALINI</i> UNIVERSAL Y LOS CENTROS	19

¿Existe una cadena kundalínica que enlace los elementos constitutivos de nuestro sistema solar y otra que conecte los distintos sistemas solares? Seguramente sí, y no es menos interesante la especulación acerca de la naturaleza de los centros de un sistema solar y sobre su vivificación por la *kundalini* cósmica. Para comprender ese panorama extraordinario resulta necesario aprender a despertar y dirigir a la *kundalini* hacia los diversos centros de los vehículos del ser humano.

3. LOS PELIGROS DE LA <i>KUNDALINI</i>	31
--	----

¿Puede soportar la presión el cerebro? Esta pregunta y la del peligro relativo a la sexualidad son quizá los principales interrogantes con respecto al despertar de la *kundalini*. Una extrema cautela es vital, pues el fuego serpentino no hace distinciones: sólo consume. Tiende a fluir por las líneas de menor resistencia, y a veces esas líneas pueden conducir hacia abajo y no hacia arriba, con resultados tan desastrosos que es imposible describirlos.

4. LA <i>KUNDALINI</i> ACTÚA EN TODAS PARTES	45
--	----

Dondequiera que hay vida, está presente la *kundalini* más o menos despierta y en vías de despertar. Pero la dirección y el manejo concientes de su poder constituye una cues-

ción completamente diferente. Uno de los efectos de la *kundalini* consiste en la intensificación del sentido de unidad. Derribadora de barreras entre las diversas capas y estados de conciencia, la *kundalini* es también la demolidora de barreras entre el individuo y el ser que está afuera.

5. EL AVIVAMIENTO DE LA KUNDALINI 55

En los inicios de este proceso se siente un vértigo que quizá sea la manifestación física de una nueva relatividad, de un nuevo ajuste, al empezar a abrirse otros mundos además del físico ante una mirada que el individuo aún no ha aprendido a controlar. La sensibilidad se acrecienta enormemente y convierte al sujeto en una especie de placa sensibilizada sobre la cual, por ejemplo, la gente del mundo exterior se imprime, de tal manera que él, en un relámpago, puede conocer su naturaleza, especialmente las potentes luces de la virtud y las débiles del defecto.

6. KUNDALINI SOLAR Y KUNDALINI TERRESTRE 65

El corazón de la Tierra es un polo de la *kundalini*, el Sol es el otro. Ahora bien, el despertar de la *kundalini* equivale a convertirse uno mismo en el cetro de poder entre ambos. En cierto sentido, uno representa siempre un cetro que no está aún vivo, despierto: se encuentra dormido o soñando, y el fuego mismo permanece latente. Despertar a la *kundalini* es avivar el fuego transformándolo en una llama devoradora que quema, purifica,

energiza y hace contacto conciente con el fuego universal.

7. EL ELEVADO PROPÓSITO DE LA
KUNDALINI 75

Sea que en efecto surja o no surja la clarividencia, aunque con el transcurso del tiempo ello ocurrirá, es de mucho menor importancia que el establecimiento preciso de la conciencia superior —búdica primero y luego nirvánica— en la conciencia vigílica, lo cual constituye el elevado propósito del despertamiento de la *kundalini*. Esto significa una extraordinaria vivificación de la intuición: conocimiento puro, no distorsionado por la identidad personal. Incluso uno se siente inclinado a aconsejar con toda franqueza a algunos de sus amigos, *si ellos preguntan*, sobre lo que necesitan.

8. CENTROS Y FUNCIONES DE LA
KUNDALINI 83

Parece que la *kundalini* puede ser emitida desde cualquier centro, aunque preferentemente desde el del plexo solar o desde el del entrecejo. Así empezamos a percatarnos de que los grandes centros del cuerpo son los principales distribuidores de fuerza. No es una cuestión de ojos o manos o pies, sino de centros.

9. LA INDIVIDUALIDAD DE LA
KUNDALINI 91

De algún modo misterioso la *kundalini* permanece siempre individual para su receptor,

por inseparable que siempre sea del fuego universal del cual emana. De alguna forma participa de la naturaleza del átomo permanente, no puede desintegrarse y forma el fuego eterno de la individualidad evolucionante.

10. LA MÚSICA DE LA *KUNDALINI* . . . 109

La *kundalini* es música y también color. Es una vibrante majestuosidad de sonido y un arcoiris. La *kundalini* canta con la voz de todo lo que existe. En el canto se escucha la voz de la unidad de la vida, y en los colores se siente el calor de la existencia.

11. RELATO DE UNA VIVENCIA 119

El estudiante descubre que está sobre una corriente kundalínica, y se desliza sobre ella con rumbo a los comienzos del tiempo en lo que a esta particular evolución concierne. Se dirige hacia atrás, siempre hacia atrás, hasta que se ve a sí mismo extrañamente sumergido en las majestuosas profundidades de la apertura de una nueva era de vida.

G. S. ARUNDALE

KUNDALINI

una experiencia oculta



Aclaración

EN ESTA breve descripción de varios experimentos y vivencias con la *kundalini*, llamada el fuego serpentino por sus movimientos de apariencia ondulante y su triple poder de creación, preservación y destrucción-regeneración —una verdadera triada de actividad dentro de una poderosa corriente de vida—, deliberadamente me he abstenido de hacer cualquier comparación entre las afirmaciones acerca de la *kundalini* contenidas en literatura responsable, por dispersas, escasas y veladas que éstas necesariamente tienen que ser, y las conclusiones a las que por ahora los experimentos y las vivencias parecen habernos llevado. Quiero que estos experimentos y estas vivencias den su propia atmósfera, que ellos mismos se desmientan y apoyen.

Toda afirmación sobre la *kundalini* siempre debe ser tratada con la mayor reserva, en

parte porque la identidad personal del sujeto experimentador cobra mucha importancia puesto que la *kundalini* actúa muy diferentemente en casos diversos, y en parte porque no debiera ser impreso nada que pudiera proporcionar siquiera la menor ayuda para el desarrollo de una fuerza que destruye despiadadamente cuando se le quiere despertar antes del tiempo debido.

Por otro lado, hay un aura que envuelve todos los experimentos y las vivencias correctos y que puede ser transmitida aun por medio de la letra impresa; y me atrevo a pensar que esta aura no tan sólo aclara el punto de vista del estudiante de la vida sincero, sino que también le ayuda a elevar su conciencia hasta los niveles más espiritualizados donde lo eterno mora menos velado por las pasajeras —aunque relativamente impenetrables— sombras del tiempo.

Kundalini, una experiencia oculta, lo subrayamos, no es una guía para despertar las fuerzas de la *kundalini*. Eso es para el individuo en particular y para aquellos hermanos mayores con quienes tarde o temprano aquél se encontrará cuando haya dejado el amparo de las cotidianas circunstancias ordinarias del mundo

externo, el cual puede asistir al individuo hasta cierto punto. Es posible que lo ayude hasta lo último en su carrera escolar; pero, al fin, él llega a aprender las lecciones que el mundo externo puede enseñarle, y así se prepara para los cursos más avanzados de la vida en los mundos internos. La *kundalini* es una lección en esos mundos internos, una parte del currículum que lo prepara para obtener su grado de maestría.

Kundalini, una experiencia oculta, un experimento en el hasta hoy poco explorado campo del fuego serpentino, se publica más bien por el misterio de la aventura que por algún conocimiento preciso que de él pudiera obtenerse. En verdad, el libro no se edita con el fin de dar un conocimiento sobre la *kundalini*, sino con objeto de hacer ver a sus lectores el hecho de que la *kundalini* es un misterio, pero un misterio seductor y fascinante. Para su verdadera comprensión, todo conocimiento tiene que ser primeramente un misterio, a la vez que una vivencia. Uno ha de enfocarlo con calma y conteniendo el aliento, reverentemente, con jubilosa ansiedad y con la sensación de hallarse en medio de un grandioso e ignorado territorio. Cualquier conocimiento verda-

dero *es* un misterio eterno, pues por mucho que sepamos o creamos saber, siempre hay un maravilloso *más* que nos atrae hacia adelante y hacia lo alto, dándole mayor valía a aquello que ya es nuestro, y haciendo de nuestro sendero hacia la divinidad un creciente deleite.

Abrigo la esperanza de que el lector sagaz se conforme con una envoltura de provocativo misterio, que se satisfaga con lo que confío probará ser un cómodo ensanchamiento de su conciencia, de tal manera que apenas si se dé cuenta de dónde está; que en su mismísima conciencia vigílica reciba indicios de ciertos estados más sublimes, de picachos en esas alturas himaláyicas que aguardan su conquista. Cuando uno está en la oscuridad, a veces es bueno que se le recuerde la luz que algún día habrá de despejarla. Que el lector pierda su ser, ahora aprisionado por el tiempo, en el misterio de la *kundalini*, así como debiera estar perdiendo constantemente su ser temporal en muchos otros misterios. Perdiéndose así, poco a poco asimilará la aventura de penetrar en todos los misterios y, finalmente, escuchará las argentinas voces que cantan su ascensión.

Morar en el conocimiento es hermoso y útil,

pero no menos hermoso y útil es morar en el misterio, pues en el misterio los dioses aprenden a conocerse como tales.

Seamos primero como los restos de un naufragio que emergen de las aguas profundas y flotan pacífica y seguramente en la superficie tranquila y acogedora, antes de intentar adentrarnos en sus profundidades y enfrentar los obstáculos que justamente oponen, y cuyo fin no es desalentar, sino probar el mérito de la búsqueda. Conozcámoslas cara a cara en paz, antes de lanzarnos a las tormentas y cataclismos que nos unifican con ellas. Confío en que la lectura cuidadosa de este librito produzca en cada lector comprensivo, por lo menos, un ajuste de su conciencia individual con una conciencia de la cual aquélla es parte. Ese ajuste debe ser una especie de expansión, una sensación de feliz dilatación, de alborozo, de un jubiloso ascenso a las montañas de su ser, de una autoexploración de naturaleza tal que hasta ahora probablemente nunca había intentado.

Finalmente, pido disculpas por todas las redundancias y expresiones oscuras. Las primeras eran inevitables, puesto que la vivencia a veces se repetía, y me pareció mejor dejarla en su forma original de traducción al lenguaje

del mundo externo. Las expresiones oscuras, que también he mantenido intocadas, fueron producto del afán por manifestar aquello que para el estudiante era en realidad inexpresable.

G. S. ARUNDALE

1

La naturaleza de la kundalini

¿QUÉ ES la *kundalini*? Esta palabra sánscrita ha sido traducida de manera diversa, generalmente por quienes no tienen la menor idea de la función que tal vocablo implica.

Parece que la raíz de la palabra es el verbo *kund*, que significa arder. Éste es el significado esencial, pues la *kundalini* es fuego en su forma de llama, aunque hay otra explicación del término en el sustantivo *kunda*, que quiere decir hoyo o tazón, lo cual evoca la idea del recipiente en que el fuego arde. Pero todavía hay más: existe también el sustantivo *kundala*; que significa rollo, espiral, anillo, lo cual da idea de la manera en que el fuego se manifiesta. De todos estos derivados esenciales proviene la palabra *kundalini*, que da sentido de feminidad creadora al fuego, *fuego serpentino*, como a veces se le llama: la energía creadora femenina dormida en un hueco, en un

vientre, y que despierta en rítmico movimiento de oleadas de fuego intermitentes. *Kundalini* es una palabra que denota el aspecto femenino de la energía creadora de la evolución, energía que en su especializada y más individual potencia yace dormida, enroscada como en un vientre, en la base de la espina dorsal del ser humano. Su despertar encierra el más grande peligro, verdaderamente catastrófico salvo que el individuo involucrado esté posibilitado para mantenerla bajo gobierno. Y esa facultad de gobernarla llega únicamente cuando ya se está próximo a etapas más elevadas del camino evolutivo, etapas que todavía no están al alcance de la inmensa mayoría de la humanidad.

Sin embargo, al estudiante que se contenta con observar y no saber a fondo se le otorgan de cuando en cuando algunos atisbos de la *kundalini* en acción, y las descripciones que a continuación damos corresponden a la *kundalini* en funciones ante los ojos de tal estudiante, quien ha interpretado de la mejor manera posible —aunque imperfectamente, sin duda— lo que observó. Las vivencias estuvieron entremezcladas con algunos experimentos autorizados, y aunque es imposible e ilícito que un

estudiante comparta con otro sus vivencias y experimentos en cualquier grado de plenitud, y lo es aún más el dar cualquier indicación sobre el modo de despertar a la *kundalini* —el cual varía sustancialmente de acuerdo con el alma del individuo—, de vez en vez se permite una participación de la atmósfera de estas vivencias y experimentos, por lo menos en alguna medida.

Se espera confiadamente que el resultado lo constituya un sutil despertar de la conciencia superior, del indicio de una sombra del espíritu de la conciencia cósmica, de tal manera que pueda brotar una fragancia de lo que podría llamarse ozono espiritual, en cuyo alborozo el lector haga contacto con un ser de su ser, superior a cualquier otro que haya conocido dentro de las limitaciones de su presente encarnación. Así logra un alivio, una liberación. Se vuelve como un pájaro que por fin descubre para qué sirven sus alas. Revolotea, aun cuando no pueda emprender el vuelo. Y es en ese mismo revoloteo donde empieza a distinguir lo real de lo irreal, lo verdadero de lo falso, lo útil de lo inútil, lo bello de lo feo. Y aunque sigue siendo incapaz de usar continuamente el discernimiento así despertado, al

menos conoce, experimenta y, tarde o temprano, la vivencia del conocimiento se vuelve actividad regular. Cuando esto empieza a ocurrir en tal forma, es el momento de la manifestación de esos débiles, ligeros movimientos iniciales de la *kundalini*, que con el tiempo desatarán en él, para siempre, el fuego de la vida, y colocarán sobre su cabeza el galardón supremo de la majestad eterna.

Todos estamos lejos de esa majestad, pero quizá las vivencias y los experimentos reseñados en esta obra sean indicios, aunque vagos, de un fragmento de la naturaleza de una vida regia y, de tal modo, proporcionen el valor para resistir y vencer.

No he transcrito estas vivencias y experimentos para hacerlos inteligibles ni, menos aún, convencionalmente racionales. Los he dejado tal como me fueron presentados, con sólo ligeras modificaciones. Su valor no estriba en su atractivo para la razón, sino en su reconocimiento como un reflejo de algo que el lector sincero sabrá que también es suyo. Él verá, en la propia incomprendibilidad de mucho de lo descrito, algo hacia lo cual siente que él también está moviéndose irresistiblemente.

No obstante lo fantástico que puedan pa-

recer, él percibe de algún modo que son fantásticos no porque sean falsos sino porque aún son demasiado verdaderos para él. Confío en que cuando parezcan absurdos el lector pensará que ello se debe al hecho de que son totalmente ajenos a toda vivencia y a todo experimento normales y no a que sean disparates. Y aun si a sus limitados sentidos pudieran parecer desatinos, quizá a alguno le parezcan más racionales, y sus propios sentidos más disparatados.

Léanse a la ligera las descripciones, no mentalmente sino de un modo intuitivo, sin prejuicios respecto de lo que puede y lo que no puede ser; por el contrario: con el entendimiento, el corazón y la voluntad abiertos a todas las cosas. Percátense plenamente el lector de que lo increíble de ninguna manera es necesariamente falso, y de que la conciencia que llamamos “yo”, con sus diversas funciones —físicas, emocionales, mentales y espirituales—, es infinitamente más extraordinaria de lo que nuestros más desmesurados sueños pudieran concebir.

2

La kundalini universal y los centros

LA ÚLTIMA oración del capítulo anterior nos lleva de inmediato a la pasmosa apertura que anunciaban estos diversos experimentos y vivencias.

En el primer destello de la intuitiva y posiblemente superior expansión el sujeto de las vivencias queda sumergido en una sensación de unión entre el microcosmos y el macrocosmos. Él, por lo pronto, se pone fuera de sí. Su conciencia destella hacia afuera, hacia lo que parece ser los confines más lejanos del espacio, y queda absorto en el hecho glorioso y perfecto, pleno de certidumbre, de la íntima unidad de su conciencia no únicamente con la conciencia universal —hasta donde la palabra “universal” pueda usarse correctamente cuando parece haber un universal más allá del infinito—, sino también con partes específicas de la conciencia universal. Su conciencia indivi-

dual es un fragmento de la diversidad existente en el modelo de la vida evolucionante, y hay otros fragmentos aparentemente ligados de modo estrecho al suyo, como si fueran de igual grado general de vibración, de igual color. ¿Dónde hay diversidades en principio similares a la suya? Y de inmediato, como en respuesta, parecen llegarle vibraciones desde la lejanía, y desde una lejanía muy precisa que aquí no hemos de definir.

Es claro que existe un inmenso significado cósmico en la teoría del alma gemela (no podría decir que de la teoría del alma múltiple, de ningún modo dentro de los confines de este minúsculo mundo nuestro). Y digamos de una vez que la idea vulgar del alma gemela que es común en ciertas fases del pensamiento moderno, es una caricatura muy pobre de una realidad maravillosa. La propia Tierra tiene su estrella gemela, y se hace evidente al instante que la dualidad de la vida no es menos fundamental que su unidad o su trinidad. Pero me abstengo de especular más. No será provechoso en esta etapa.

A la luz de esta intuición especial surge también la especulación —a medida que el estudiante es sacado de sí aún más allá aunque

no tan violentamente que no haya ninguna sustancia en sus sombras— sobre la relación entre los grandes ritos ocultos del fuego en esta Tierra y el de la *kundalini* universal, del cual nuestro señor Sol es el corazón a la vez que el cuerpo. Para nosotros, el Sol es la *kundalini in excelsis*, en la cual vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser. Cada *kundalini* individual de cualquier reino de la naturaleza, de cualquier sustancia —grande o pequeña— de cualquier mundo, es parte de la *kundalini* solar. Y por extraño que parezca, estas minúsculas corrientes de *kundalini* participan de la omnisciencia, omnipotencia y omnipresencia de su sublime progenitor. Así podemos decir que toda vida, cada uno de nosotros, es omnipotente y omnipresente en el devenir. Hay una conexión muy íntima entre el fuego de nuestro señor el Sol y la vida del universo que él ha encendido.

Al instante se hace patente que la *kundalini*, de cualquier manera que aparezca, es poderosa y torrencial: aquí poderosa y torrencial sólo en potencia; allá, moviéndose y despertando; en alguna otra parte, en movimiento irresistible, quemando todo lo que encuentra delante.

¿Hay alguna cadena kundalínica que enlace los elementos constituyentes de nuestro sistema solar, y otra que una los diversos sistemas solares? Seguramente sí, y no es menos interesante la especulación acerca de la naturaleza de los centros de un sistema solar y sobre su vivificación por la *kundalini* cósmica. La Tierra tiene sus centros —ruedas giratorias de energía ígnea— y parecería que una de las funciones de algunos de los Señores de la Evolución es la regulación de la distribución y de la intensidad de la *kundalini*. Esto explica por qué aun la labor que ellos desempeñan ha sido descrita como peligrosa, igual que la de quienes llevan municiones a las trincheras del frente en tiempo de guerra. Ellos podrían de alguna manera verse consumidos por la propia fuerza que manejan, aunque cabe suponer que en su caso esto no ocurriría.

Como un preparativo a la comprensión más profunda de este panorama extraordinario sería necesario aprender cómo la *kundalini* es despertada y dirigida a los diversos centros de los vehículos del ser humano, no solamente para un reavivamiento general de su vida, sino también, según sea requerido, con miras a su vivificación individual para ciertos fines pre-

cisos. Por ejemplo, tiene que darse una conferencia; un auditorio o asamblea tiene que ser influido. Al observar el proceso en desarrollo, parecería que de modo automático empezara por el avivamiento general de la *kundalini* a lo largo y arriba y abajo de la espina, de tal manera que se presenta una viva sensación de calor. Esto les ocurre en medida microscópica a todos los que dan conferencias o a aquellos que, de una u otra de las muchas maneras posibles, pretenden influir permanentemente sobre sus semejantes. Pero cuando hay adiestramiento, la sensación de calor se expande y se convierte en fuego. Y resultados más amplios pueden obtenerse si una especial vivificación tiene lugar en el corazón, en la garganta y en la línea ubicada entre la mitad de la cabeza y el centro de las cejas. Esta vivificación sigue un curso a través del plexo solar, lo que en parte explica la sensación de mal-estar que, junto con otros síntomas físicos, experimentan algunas personas antes de dar una conferencia o antes de alguna otra situación des- acostumbrada. En casos especiales sobrevienen siempre esas sensaciones, que señalan la purificación que tiene lugar en los vehículos con el fin de facilitar que fluya el torrente de esa

fuerza superior y sobrehumana a la que damos el nombre de *kundalini*.

Esto no significa que en la mayoría de estas personas la *kundalini* esté realmente despierta, sino que hay en ellas una concentración, una intensificación del fuego kundalínico universal, con el resultado de que sus nervios y otros canales pueden soportar una carga de fuego mayor que aquella a la que están acostumbrados normalmente. Por muy localizada que la *kundalini* pueda estar desde un punto de vista, desde otro es universal, omnipresente. Sin embargo, en algunos casos la concentración del fuego es predominantemente local; es un caso de combustión espontánea, aunque son perceptibles los mismos efectos.

Es indudable que sustancias como la nicotina y el alcohol actúan de algún modo sobre la *kundalini*; aquélla por la interposición de una barrera entre la fuerza kundalínica general y su funcionamiento en los diversos vehículos del individuo de que se trate, en tanto que el alcohol parece actuar como un estimulante directo que impulsa la fuerza en direcciones equivocadas, o que de algún modo erróneo la intensifica y en todo caso produce estos efectos en un individuo impreparado por completo para

avivar el fuego. Todos los narcóticos, drogas o estimulantes entorpecen el sistema e interponen una nociva emanación aislante entre el individuo y toda conciencia superior.

Pero volviendo al avivamiento de la *kundalini* con propósitos especiales, la sensación de calor en la espina parece ser el primer fenómeno, que es intensificado por condiciones externas —por ejemplo, permanecer en un campo ya magnetizado, como sería una iglesia o un templo— o por la influencia de música o cánticos, la participación en una ceremonia o servicio, y así por el estilo. Además del avivamiento de la sensación de calor en la espina, ocurre asimismo una exaltación, un ardor, por decirlo así, del corazón, la garganta y los centros del interior de la cabeza, en ocasiones simultáneamente, a veces uno solo, conforme sea el temperamento. Dicho avivamiento presenta con frecuencia una contraparte física precisa en la perturbación del funcionamiento orgánico. La vivificación del centro del corazón parece ser —¿cómo expresarlo de otra manera?— la de una sensación de calor frío. La yuxtaposición de las dos palabras suena absurda y, sin embargo, yo no creo que los hechos hayan sido mal interpretados.

Por lo que respecta a la garganta, la vivificación —observada en una ocasión determinada— parecía expresarse físicamente como una especie de constricción momentánea, misma que fue atribuida a repercusiones del derribamiento de barreras entre lo físico y lo no-físico, como para permitir a la *kundalini* reavivar las vibraciones reales que son emitidas por la garganta; por ejemplo, cuando se está dando una conferencia. El resultado es un discurso potente, lejos por completo de cualquier elocuencia, que afecta de diferentes maneras a las personas del auditorio, que están en niveles distintos de evolución. Ellas son bañadas de *kundalini*, dependiendo el resultado, en los casos individuales, de la receptividad personal.

Resulta evidente que la *kundalini* es comparable con la electricidad en cuanto a los usos a que puede destinarse. Un estado conciente continuo, el recuerdo de sucesos durante la noche y otras cosas por el estilo son tan sólo algunos de los frutos del despertar de la *kundalini*. Todavía más importante es la fuerza adicional que directamente proporciona para el trabajo en el mundo exterior. Es al mismo tiempo un sentido más y un estímulo poderosísimo de los sentidos existentes, así como de todas las

demás fuerzas que el individuo ya esgrime. Apenas estamos al comienzo de descubrimientos relativos a la *kundalini*, pues los interesantes efectos observados son el resultado únicamente de las primeras etapas de su despertar, o del derribamiento de las barreras preliminares. Misericordiosamente, el mundo está protegido del descubrimiento del rayo kundalínico por la ciencia, ya que de no ser así sobrevendría el aniquilamiento. Al leer acerca de los así llamados “rayos mortales” y de otras emanaciones sumamente destructivas provenientes de grandes centros de energía, pensemos que la *kundalini* es más poderosa que todos ellos juntos y nos sentiremos conformes de dejarla en paz hasta que aprendamos a servirnos de ella, la cual regresa como bumerán con terrible efecto sobre aquellos que la utilizan mal, contra aquellos que no la reverencian, contra los que la emplean para fines egoístas.

3

Los peligros de la kundalini

GRANDE insistencia se hace, por eso, en los peligros del despertar de la *kundalini*. Examinemos la naturaleza de ellos. Primeramente y sobre todo, existe el peligro de la excitación sexual en grado tal que el individuo agota su vitalidad por esta obsesión. El trastorno mental va aparejado con esto. La vitalidad y la actividad sexuales están estrechamente relacionadas con la *kundalini*, pues ambas son supremamente creativas por naturaleza, y el desarrollo de una tiende a estimular el crecimiento de la otra. Todo impulso sexual tiene que estar bien controlado, bajo la voluntad del individuo, y debe ser de condición tal que pueda ser llamado sublimación, que equivale a decir que ha de reconocerse como un sacramento y, por tanto, conducirlo con reverencia y con una actitud de consagración. La diferenciación sexual con todas sus diversas implicaciones es

uno de los primeros dones de Dios para sus hijos, don frecuentemente denostado y groseramente utilizado, aunque al fin se reconozca que uno debe acercarse a él como el sacerdote auténtico se dirige al altar. Sólo a aquellos que de ese modo se aproximan a la divinidad del sexo puede otorgárseles con seguridad ese don ulterior de la *kundalini*, que únicamente puede ser manejado sin riesgo y con provecho por los sujetos probados y confiables.

En segundo lugar, existe el peligro de desequilibrar el ritmo físico a causa del incontrollado estímulo de los diversos centros del cuerpo: la posibilidad de dañar el corazón o el sistema nervioso a través del plexo solar, o de convertirse en un inválido crónico con deterioro general del área cerebral, lo cual produciría un esfuerzo que también terminaría en trastorno mental. Estos peligros son evitables siempre y cuando el individuo disfrute de salud a toda prueba, haya alcanzado una buena medida de autocontrol, piense tranquilamente y con claridad, nunca con estrechez, esté liberado de cualquier sumisión a los impulsos sexuales y, de hecho, tenga muy escasa, si alguna, tendencia sexual. Debe recordarse que por mucha ayuda que se le dé al individuo

para despertar a la *kundalini*, su avivamiento depende en gran parte de él mismo. Él tiene que vigilar los diversos síntomas y regularlos. ¿Cómo? Él lo sabrá, si es que está listo para el despertar. No es necesario ofrecer aquí ninguna guía adicional, pues la señal de que una persona está preparada para el despertar de la *kundalini* se encuentra en el conocimiento intuitivo de lo que hay que hacer y en la ayuda del sabio.

Nunca debemos olvidar que el cuerpo físico es más denso y, por tanto, menos adaptable que todos los otros, lo que contribuye al surgimiento de una concentración de fuerza en un área particular, y no una distribución general a través de él. Si miramos, por ejemplo, los cuerpos astral y mental, notamos que cada uno es en cierto sentido un gran órgano. Funciones que en el cuerpo físico están asociadas hasta cierto punto con partes determinadas de él son, en el caso de los cuerpos internos, más universales. Hasta cierto punto, quizá podríamos hablar de localización con respecto a los cuerpos internos, pero es más o menos la totalidad del cuerpo astral la que siente, la que recibe impresiones, la que comunica. Pasa lo mismo con el cuerpo mental: todo él piensa.

Ahora bien, respecto al cuerpo físico, mientras que el sentimiento es distribuido por todas partes, y los centros especiales son afectados por sentimientos y sensaciones de naturaleza poco usual, el cerebro actúa como el canal principal de comunicación entre los cuerpos físico y astral. Adormézcase el cerebro, entorpezcense los nervios que comunican con el cerebro, y el sentimiento desaparecerá, por lo que a la conciencia vigílica concierne, aunque sus efectos puedan seguir, como lo confirma la conmoción que sobreviene después de una operación que, gracias a un anestésico, ha sido temporalmente indolora.

De manera similar, el cerebro es el canal principal entre el cuerpo físico y el cuerpo mental. Estoy seguro de que el cuerpo mental se estampa hasta cierto punto sobre todas las partes del cuerpo físico, de tal manera que todas ellas “piensan” en cierta medida, lo mismo que todas sienten. Pero el cerebro es el centro principal, el gran entronque con el mundo exterior. Podríamos, por ende, imaginar que los cuerpos internos ejercen presión sobre la totalidad del cuerpo físico, pero de un modo más intenso en su entronque con el cerebro. El cerebro soporta lo más arduo de una manera compa-

rativamente fácil en los casos normales y tratándose de un individuo ordinario, puesto que de hecho sólo se permite que canales muy pequeños estén abiertos entre los diversos cuerpos.

Pero la *kundalini* fluirá inevitablemente no sólo por sus canales normales, sino también por aquellos centros más sensitivos, con mayor receptividad, para vivificarlos. De ahí que la concentración ya existente se intensifique considerablemente, por lo general cuando el órgano involucrado ya está soportando una carga completa. Aquel individuo en el que por cualquier causa la *kundalini* tiende a moverse, está pasando, sin duda, por lo que en realidad es presión alta. Es probable que esté intensamente animado o tenga profundas concentraciones de fuerza en sus diversos órganos, mismas que varían en potencia de acuerdo con el uso que haga de un órgano u otro. La *kundalini* bien podría ser “la última gota” que arrojara al individuo desafortunado a la cruel oscuridad si éste no es un atleta espiritual adiestrado para soportar la tensión.

Sin duda habrán cobrado existencia, en esta etapa del proceso evolutivo, canales entre los mundos internos y el individuo que vive principalmente en el mundo externo. Pero tales canales

quizá no sean profundos, y si un torrente de fuerza remolnea de repente a lo largo de cualquiera de ellos, o penetra directamente en un órgano físico, bien podrían “romperse” y originar una catástrofe.

Cuando los cuerpos físico, emocional y mental están empezando a transformarse en sus contrapartes superiores, como en el caso de aquellos que están terminando su existencia humana hasta donde la reclusión en ella se refiere, la *kundalini* fluye de manera natural y sin topar más que con un mínimo de obstrucción. Comienza a haber un solo fuego, una sola vida. En etapas anteriores a ésta resulta esencial una extrema cautela, pues el fuego serpentino no discierne: consume. Tiende a fluir a lo largo de las líneas de menor resistencia, y a veces esas líneas pueden conducir hacia abajo y no hacia arriba, con resultados indescritiblemente desastrosos.

A medida que el desarrollo ocurre y al tiempo que la conciencia superior paulatinamente logra dominio permanente, la interpenetración se vuelve más rítmica, y la totalidad del agente inferior reacciona mucho más rápido y de modo abundante al estímulo superior.

¿Qué es entonces lo que el despertar de la

kundalini ocasiona? Prácticamente derrumba barreras o, para expresarlo de otra manera, abre de golpe las compuertas que hasta entonces habían sido abiertas lenta y gradualmente y que, en el caso del individuo ordinario, están francas únicamente en medida muy limitada. Empieza a haber comunicación completa entre todos los cuerpos, aunque el uso y la interpretación de esa comunicación son necesariamente cuestión de tiempo prolongado después que la comunicación preliminar se ha establecido. Los cuerpos inferiores empiezan a reflejar con creciente claridad las características de los cuerpos superiores: mental superior y búdico inferior. Los estados de conciencia empiezan a interpenetrarse, de manera tal que surge una continuidad de conciencia nunca antes experimentada. Esto significa una sensibilidad enormemente aumentada a lo largo de todos los cuerpos, que exige aquella gran medida de autocontrol sobre la cual tan constantemente se insiste.

Hoy día, en el caso de muchos, la *kundalini* tiene que ser avivada en los mercados, donde el peligro es grande, y no en los bosques, donde el peligro se reduce. El tiempo es demasiado precioso como para aislarse del mundo,

especialmente en estos días; y hay que correr riesgos. La totalidad del cuerpo físico, al convertirse en un instrumento maravillosamente sensible y purificarse hasta perder toda relación con lo que le rodea, puede, por ello, desmoronarse con facilidad como resultado del impacto de las vibraciones burdas y violentas que proceden del exterior. Una vigorosa salud física es por eso condición *sine qua non* para el despertar de la *kundalini*; más aún, se requiere la salud de un adulto en vez de la de un joven.

Pero hay más todavía. No obstante que en su totalidad el cuerpo físico se vuelve enormemente más sensible, es el cerebro el que tiene que soportar lo más arduo. La presión sobre el cerebro físico es aumentada en forma desmedida, ya que constituye la conexión principal entre el cuerpo físico y los cuerpos internos. ¿Puede el cerebro resistir la presión? Ésta es quizá la pregunta primordial con respecto al despertar de la *kundalini*. La respuesta está supeditada en gran parte al punto hasta el cual la materia gris física esté lo suficientemente desarrollada, endurecida y robustecida, mediante el autocontrol, para soportar el esfuerzo. La condición y el número de

las *spirillae* son quizá factores determinantes, pues indican el estado de los canales de contacto y de lo que parece ser —no encuentro otras palabras— el poder de estiramiento de la materia física misma. Tiene que ser capaz de doblarse sin romperse. No uso literalmente la palabra “doblarse”; tal vez el término “adaptarse” sería más exacto. Imagino la presión proveniente de los cuerpos internos como si se tratara del flujo de un líquido, un flujo casi irresistible. ¿Puede el cerebro conformarse a ese flujo, ceder ante él, adaptarse a él? Si fuera así, todo estaría bien. Pero la rigidez es fatal, y por rigidez quiero decir no tan sólo rigidez física sino mental y emocional; es decir, una cristalización o endurecimiento de ciertas partes de los cuerpos mental y emocional, endurecimiento que se traduce en el establecimiento dentro del cerebro, y por cierto también dentro del corazón, de surcos que se romperán pero no se expandirán.

Todo esto es materia muy complicada, pues fundamentalmente la sabiduría en el despertar de la *kundalini* depende en gran parte, aunque de ninguna manera por entero, del estado de los cuerpos mental inferior y emocional, así como del punto hasta el cual los ve-

hículos causal y búdico están empezando a hacer contacto y a afirmarse. Pero las condiciones físicas también tienen que ser tomadas en cuenta, aunque sólo sean reflejos de las condiciones internas. La pregunta es entonces: ¿Los cuerpos internos están adecuadamente evolucionados y controlados y se ha recuperado el vehículo físico del mal uso formativo que inevitablemente hubo de sufrir durante las prolongadas eras de evolución? Pues aun cuando el cuerpo físico cambia de vida en vida, como ocurre de ordinario con los cuerpos emocional y mental inferior, cada nuevo cuerpo es moldeado para reflejar y expresar la etapa de evolución alcanzada. En efecto, puede tratarse de un caso en que el espíritu está listo, pero débil la carne, un caso en que el ego está dispuesto, pero débiles los cuerpos inferiores debido a que el cuerpo físico en su condición actual es incapaz de resistir la tensión de la *kundalini*. En esos casos, quizá sea preciso esperar otra vida, para que las formas existentes sean disueltas y sustituidas por unas más maleables. De esto se deduce claramente cuán complicado es en realidad el proceso del despertar de la *kundalini*, y cuán temerario sería el individuo que intentara despertarla sin

una sabia justificación y sin contar con una guía conveniente. Es casi seguro que le sobrevendría una desgracia terrible.

De ahí que el cerebro sea un punto de gran peligro, pues el desastre ocurriría como consecuencia de forzarlo excesivamente. El sendero del ocultismo, se dice, está salpicado de fracasos. Me atrevo a pensar que el sendero del despertamiento de la *kundalini*, aun tratándose únicamente de las primeras etapas, está salpicado de más fracasos.

*Un poco de conocimiento es peligroso,
bebe hasta las heces o no pruebes del manantial pierio,*

dijo Pope. Antes que alguien intente despertar la *kundalini*, que sepa mucho de ella, en particular de sus peligros; que se entere íntimamente de ellos. Entonces la dejará en paz hasta que se le aconseje que empiece. Poco conocimiento podría llevarlo a cometer una insensatez. Cuando apure el trago hasta las heces se dará cuenta de que el deber prohíbe el experimento, cuyas consecuencias, cuando se hace con ignorancia, conducen al desastre, primeramente al experimentador, lo cual en cierto modo podría no importar gran cosa, excepto

para sí mismo, y luego a quienes están cerca de él, implicando además peligro para la comunidad en general; y él no tiene derecho alguno a exponerlos a eso.

4

La kundalini actúa en todas partes

Estoy convencido de que la *kundalini* está más o menos activa en todo tipo de existencia. Es el fuego de la vida y por tanto fluye en todo. Pero o puede hacerlo a modo de una corriente suave, simplemente vigorizando, o bien puede ser dirigida a canales especiales y convertirse en un furioso torrente, esperemos que subordinado a un gran fin, de manera tal que la furia sea encauzada, llena de propósito, aunque de todos modos furia. La *kundalini* fluye en los reinos mineral, vegetal, animal y humano en grados crecientes de vitalidad; mas, excepto en casos raros, como una suave, fructífera corriente de fuego que baña, por decirlo así, la totalidad del vehículo.

Sin embargo, cada vez que un avance distinto y definido se logra en el crecimiento espiritual, tiene lugar una intensificación de la *kundalini*, la cual queda particularmente se-

ñalada, aunque todavía generalizada, en conexión con las diversas etapas que conducen al sendero, o en el sendero mismo.¹ La relación con un maestro establece una marcada diferencia en el vigor del flujo, mientras que la entrada en la conciencia del maestro, lo cual tiene lugar en la etapa del discipulado aceptado, significa el comienzo de un definido, aunque todavía informal, aprovechamiento de la *kundalini* en propósitos específicos por medio de la influencia general que la *kundalini* del maestro ejerce sobre la del aprendiz. Una de las razones por las que el maestro tiene que ser cuidadoso al admitir a un aprendiz en esta estrecha relación de discipulado aceptado es ese acrecentado avivamiento de la *kundalini*, aunque todavía siga siendo general. La rela-

¹ Por "el sendero" quiero decir ese atajo que sube por la ladera de la montaña de la evolución y por el cual un individuo con el desapego necesario respecto de las circunstancias actuales y una idea adecuada sobre la verdad esencial puede abreviar comparativamente en pocas vidas la evolución que de ordinario llevaría cien y hasta más encarnaciones. Lloyd George, el estadista británico, dijo durante la guerra que el mundo estaba recorriendo en unos cuantos años la distancia que ordinariamente transitaría en miles. Pero se requiere la ayuda de un maestro, de alguien realizado, que haya tomado el atajo por la ladera de la montaña. Ese hermano mayor, de tiempo en tiempo puede tomar como aprendices a personas que muestren señales de capacidad para soportar las penalidades del pesado ascenso, penalidades que con frecuencia ocasionan que el pretendido escalador decida regresarse a la ruta más larga y más fácil.

ción filial es otro estímulo más, mientras que el ingreso en la Gran Hermandad² es el comienzo del enlace entre la *kundalini* del individuo y la de la Hermandad como un todo.

Debe recordarse que la Gran Logia Blanca es en sí un individuo, una conciencia individual especializada, con funciones diferenciadas según los diversos cursos de acción de sus partes constituyentes. Esas funciones diferenciadas pueden considerarse las contrapartes espirituales, en una escala exaltada, de los diversos centros del cuerpo físico. La poderosa fuerza de la *kundalini* de la Hermandad fluye por esos centros y por cada miembro, de manera que la admisión en la Hermandad implica participación en ese gran flujo, la unificación gradual de la conciencia del individuo con la con-

² La Gran Hermandad o Gran Logia Blanca la componen en parte aquellas almas sumamente evolucionadas que han alcanzado esa etapa del sendero evolutivo que les otorga la membresía en lo que se llama, en literatura oculta, Gobierno Interno del Mundo, y en parte aquellas que, aun lejos de tal etapa, están sin embargo lo suficientemente avanzadas para ser adiestradas con el fin de que se conviertan en lo futuro en miembros de ese Gobierno, comparado con el cual todos los gobiernos externos son de juguete. La membresía en la Gran Hermandad o Gran Logia Blanca es otorgada al trabajador empeñoso y fiel que ha comenzado a conocer la naturaleza y el propósito de la vida. Pero él está en los primeros peldaños de la gran Escala de la Vida Interna, es solamente un estudiante de gobierno, no un maestro verdadero de la ciencia.

ciencia de la Hermandad como un todo, lo que implica una unificación progresiva de las dos *kundalini*s. La *kundalini* del individuo empieza a entrar en la corriente de la *kundalini* de la Hermandad. El proceso inverso también tiene que ocurrir: la entrada gradual de la *kundalini* de la Hermandad en el sistema del individuo, no sólo de manera general sino de un modo sumamente particularizado. Me pregunto si, en aras de la exactitud, no debería yo hablar de estas etapas más definidas de la evolución de la *kundalini* como de la dirección conciente de la fuerza, en vez de su “despertar”. Dondequiera que hay vida existe la *kundalini* más o menos despierta y despertando. Pero la dirección y manejo conciente de su fuerza es una cuestión totalmente diferente.

Uno de los efectos especialmente interesantes de la *kundalini* es la intensificación del sentido de unidad que su activo avivamiento hace surgir. Además de la derrumbadora de barreras entre las diversas capas y estados de conciencia, es también la derrumbadora de barreras entre el individuo mismo y el ser mayor de afuera. El avivamiento definido de la *kundalini* intensifica, por ejemplo, la conciencia

individual de que se es uno con la gran conciencia de la Hermandad. Por obra de la fuerza kundalínica el ser separado empieza a perder su ilusión de segregación. La conciencia del miembro individual de la Hermandad se funde, por supuesto, con la de ésta por la propia razón de su pertenencia a ella; pero de muchos modos la fusión se sobreentiende, no se manifiesta formalmente, aunque la manifestación aumenta con el uso de la fuerza de la Hermandad. Pero la manifestación formal es sumamente acelerada por la evolución de la *kundalini*, la cual trabaja como lo hace la Sociedad Teosófica en su primer objetivo, pues ésta tiene un puente entre todas las distinciones de plano y de conciencia.

El ingreso en la Sociedad Teosófica origina claramente un avivamiento general de la *kundalini*, aunque es probable que en la gran mayoría de sus miembros no haya ningún avivamiento específico. La *kundalini* del individuo es agitada decisivamente y su intensidad aumenta, pues la Sociedad, por extraño que parezca, es un organismo bien definido y tiene su propio modo de *kundalini*. En algunos casos el avivamiento resulta demasiado intenso para ser soportado. La Sociedad Teosófica atrae de

un modo inevitable a algunas personas que son un tanto desequilibradas, del mismo modo que atrae al precursor y a quienes se han liberado de las cadenas convencionales ordinarias. La Sociedad Teosófica tiene que ser siempre, hasta cierto punto, para gente que, de un modo u otro, sea diferente. Quienes lo sean debido a que carecen de autocontrol ordinario, probablemente descubrirán que el estímulo les resulta mayor del que pueden soportar. Por lo general no es probable que mejoren, y muy seguramente empeorarán. Aquellos que son diferentes porque han trascendido limitaciones ordinarias se beneficiarán en gran medida. Hay otros, sin embargo, en quienes existe una debilidad latente, la que será intensificada por la *kundalini* excitada, de la misma manera que intensificaría una cualidad. La *kundalini* es un poder, un poder que puede ser usado para bien o para mal. La debilidad aumenta y el individuo, por supuesto, se considerará todo el tiempo a sí mismo como único depositario de la verdad y del sentido común. La tensión se acrecienta hasta el punto límite y la bendición conferida a él con su aceptación en la Sociedad, tornada en maldición por su incontrolable debilidad, es misericordiosamente dispensada me-

diante el retiro del individuo de la Sociedad, indudablemente envuelto en una nube de auto-rectitud desde su propio punto de vista, aunque con tristeza desde el punto de vista de los hermanos mayores. La Sociedad, naturalmente, es condenada del modo particular más conducente a la autosatisfacción del individuo. En nueve casos de cada diez es el orgullo lo que precede a la caída, y el orgullo nunca se reconoce a sí mismo como tal, pues de otra manera se suicidaría muy apropiadamente, como por cierto lo efectúa cuando se trata de gente con sentido común. Sin embargo, la Sociedad sigue adelante, es crecientemente favorecida por la jerarquía, y crece en poder y utilidad.

Lo que he escrito respecto de la Sociedad Teosófica no es menos cierto que lo que se refiere a otros movimientos que directamente enfocan sobre el mundo las fuerzas de la luz en oposición a las de la oscuridad. Los hechos se han observado en conexión con la Sociedad Teosófica, pero son igualmente observables en muchas otras organizaciones, aunque en menor grado en la mayoría de los casos.

5

El avivamiento de la kundalini

RESULTA interesante observar el progreso de una vivencia particular con la *kundalini* en avivamiento o, mejor dicho, con la excitadora *kundalini* en plena acción. En este caso particular el trabajo principal se llevó a cabo durante el sueño, y al principio pareció consistir en la preparación del pasaje espinal moviendo a la *kundalini* desde la base de la espina hasta la coronilla. El individuo que está fuera del cuerpo puede hacer este trabajo, pues aun cuando haya efectos físicos el fuego mismo es no-físico. El globo o esfera que está en la base de la espina contiene, enroscado, el fuego kundalínico. La prescrita concentración sobre el globo, y por ende sobre el fuego interior, empieza a agitarlo y lo pone en acción, siempre y cuando de antemano se haya llevado la clase de vida correcta por un periodo considerable, lo que equivale a decir que siempre

y cuando a la *kundalini* se le haya alimentado con el combustible adecuado. Aun cuando no se haya llevado la vida bajo normas correctas, un ligero movimiento puede ocurrir, pero el efecto de un movimiento prematuro, si tuviera lugar, sería desastroso, como ya se ha señalado.

Suponiendo que el movimiento se efectuara por las líneas adecuadas, ocurriría una gradual disolución del globo a consecuencia de la energización friccional del fuego mismo. El fuego se aviva convirtiéndose en calor radiante y se vuelve activo abriéndose paso a través de la materia en la que está metido, quemándola y ocasionando que el globo se vuelva un sol radiante, en vez de la opaca aunque ardiente masa que normalmente es. Este sol irradia en todas direcciones un calor que es sentido físicamente, de modo especial en las áreas que circundan al cuerpo físico.

Parecería que este sol kundalínico se disparara hacia arriba al moverse rápidamente, cesa que con frecuencia no hace, a todo lo largo de la espina, igual que una bala pasa a lo largo del cañón de un rifle. Hay algo de espiral en el movimiento. En todo caso, parece haber un disparo directo hacia arriba, sin pa-

sar más allá de la parte superior de la cabeza, pero estimulando especialmente los centros, según el rayo del individuo. La sensación es de presión aunque, por lo que se refiere al centro de la coronilla, se sentirá un calor poco común.

Durante las horas de vigilia este proceso quizá continúe y de tiempo en tiempo parece ocurrir por sí solo, de tal modo que una sensación de calor asciende por la espina dorsal, produciendo un efecto de lo más interesante. Una hermosa expansión de conciencia se experimenta físicamente, de tal manera que el individuo se siente lleno de vida gloriosa y de una sensación de íntimo contacto con lo que ha de ser la conciencia intuitiva desarrollada. El sujeto imagina lo que la vida sería si pudiera tener constantemente esa vivencia, en vez de tenerla sólo por momentos. Sobreviene una sutil sensación de unificación, de esplendor, de contacto con lo real. Las barreras parecen haber sido derrumbadas de manera que el individuo ve dentro del corazón de las cosas, cualesquiera sean éstas, y las ve como entidades que están creciendo y cuyo glorioso futuro le es revelado como embrionario en ellas. Realmente es muy difícil describir esta condición de la conciencia, pero lo físico, y en verdad algo más

que lo físico, parece haber sido trascendido y por lo menos algunos velos son levantados para que el experimentador pueda contemplar algo real, menos oculto por las nubes de la ilusión.

En los comienzos de este proceso se advierte cierta proporción de vértigo. Un nuevo constituyente se ha vuelto activo. Es como si una nueva dimensión se hubiera abierto, como si se entrara en un mundo nuevo. El vértigo es quizá la expresión física de una nueva relatividad, de un nuevo ajuste, en el que otros mundos aparte del físico empiezan a abrirse ante una mirada que el individuo todavía no ha aprendido a controlar, de manera que ahora mira, como si dijéramos, con todos los “ojos” vagamente abiertos, en vez de hacerlo con aquellos que son los apropiados para el particular plano en el que por casualidad está funcionando predominantemente. Más adelante será capaz de cerrar aquellos ojos que no le hacen falta, dejando abiertos únicamente los que sí necesita. Y, más tarde aún, quizá podrá usarlos todos simultáneamente: cada “ojo” empalmándose con los otros, como para evitar la distorsión y el parpadeo entre un estado de conciencia y otro, cuyo efecto es el vértigo.

Otro efecto, que supuestamente sólo se da en

las primeras etapas, es la sensación de que se está en otra parte. El individuo experimenta la sensación de que vive en otro lugar, de tal manera que el mundo exterior parece distante. Él está alejado, y el ruido y el ajetreo de la vida le llegan únicamente como un débil murmullo. Él es sólo como el espectador de una función teatral, y mira a los actores sobre el escenario como si fueran habitantes de un mundo que no es el suyo. Tal sensación es más o menos continua y reviste al mundo exterior de una peculiar irrealidad, cuya manifestación física es la de oír al mundo como en sordina. Pareciera que él estuviera sordo. Contempla al mundo sin mostrar interés alguno en él. Su cerebro físico está en cierto sentido adormecido, positivamente adormecido, aunque al mismo tiempo extraordinariamente alerta a lo real; lleno de agudeza, fuego, claridad nunca antes experimentados. Está bellamente avivado. Parece haber parpadeos momentáneos de una conciencia distante, como si de tiempo en tiempo se produjera un relámpago de alguna otra conciencia, aunque sólo de modo indefinido. Ese relámpago parece surgir cuando hay un calor especial en la parte superior de la cabeza, posiblemente como re-

sultado de alguna pequeña fuga de fuego kundalínico.

La sensibilidad aumenta enormemente, de modo principal en la región espinal, aunque hasta cierto grado en todo el cuerpo. Se escucha un ruido fuerte como si se raspara una espina burda, y produce conmoción en todo el cuerpo. Un chirrido especial puede causar cierto tipo de desarreglo interno durante un buen rato. Esta sensibilidad tiene el efecto ulterior de hacer del individuo una especie de placa sensibilizada sobre la cual, por ejemplo, las personas que están en el mundo exterior se imprimen, de tal manera que en un relámpago él conoce el carácter de ellas, especialmente las luces potentes de la virtud y las débiles del defecto. De inmediato tiene una impresión, ya positiva, ya negativa. Ésta será indudablemente buena o indudablemente desfavorable, y en cualquier caso las tendencias generales se percibirán, aunque quizá no sus detalles. A veces no hay nada en el individuo que valga la pena considerar, no hay nada que notar en él en un sentido o en otro. Él es un ser ordinario, y por algún tiempo más puede dejarse al amparo de las circunstancias ordinarias de la vida. Pero uno lo sabe como en

un relámpago, aun cuando los detalles no se presenten.

A medida que pasa el tiempo, todo el cuerpo parece arder con el fuego, que uno imagina se extiende hasta cierta distancia, de tal manera que una persona que esté muy cerca debiera casi sentir el calor y ser avivada por él. El proceso es temporalmente fatigoso para el cuerpo físico y es placentero acostarse. ¿Arde más fácilmente el fuego cuando la espina está en posición de reposo? Me inclino a pensar que la limitación del fuego, de manera que ordinariamente no rebase la coronilla, tiende a ejercer presión sobre el cerebro y a provocar somnolencia.

6

Kundalini solar y kundalini terrestre

¡CUÁN maravillosa diferencia produce el avivamiento de la *kundalini* en lo que respecta a la capacidad para influir en la gente, ya emane de un centro, ya la despierte alguna actividad, como por ejemplo durante un oficio religioso! Entrar en una ciudad es sentir como si toda parte vital decayera, como se marchitan las flores por falta de aire. Bajo influencias estimulantes, como la proximidad de un centro de vitalidad espiritual, de algunos templos e iglesias, o la participación en actividades ceremoniales o en reuniones saturadas de influencias edificantes, los centros parecen abrirse como una flor se abre al Sol, y la *kundalini* arde por todo el cuerpo. Y esta apertura y calor establecen relación entre los cuerpos inferior y superior y llevan a aquél las influencias de éste. Durante el comienzo de la evolución de la *kundalini* es al mismo tiempo un

dolor y una gloria hacer contacto con esas influencias espirituales: un dolor porque la *kundalini* no ha vencido todavía los obstáculos que se interponen en su evolución, y una gloria porque el fuego de la vida eterna está fluyendo por cada vehículo, y por el momento uno vive en la conciencia superior. En ocasiones se presentará una intensificación inmediata de la *kundalini* desde la base de la espina, y una placentera sensación de calor, útil para fortalecer la identificación, no sólo con la aspiración a la que pudo haber dado rienda suelta la ocasión, sino también con el descenso de la bendición para la cual la aspiración se ha convertido en canal.

Parece que hubiera dos orígenes de la *kundalini*, o quizá sería más exacto decir que la *kundalini* se mueve entre dos polos, uno positivo, el Sol, y otro negativo, la Tierra, en todos los sucesos que a nuestra particular evolución se refieren. El cetro del poder, bien conocido por los estudiantes más empeñosos del ocultismo, parece simbolizar y a la vez expresar este hecho: el globo terrestre negativo en un extremo, el globo solar positivo en el otro, y el fuego en cada uno de ellos y entre ambos. Sostener el cetro es empuñar el poder de Dios. Son

pocos los que pueden tocarlo. En ocasiones es el epicentro de asombrosas, enormes efusiones de fuerza.

El corazón de la Tierra es un polo de la *kundalini*; el corazón del Sol es el otro. Ahora bien, el despertamiento de la *kundalini* equivale al dibujo de una sombra del cetro del poder entre los globos. En cierto sentido uno es siempre un cetro del poder, pero que todavía no ha despertado; está dormido o soñando, y el fuego mismo está latente. Despertar a la *kundalini* es avivar el fuego para convertirlo en una llama devoradora que quema, purifica, energiza y establece una relación conciente con el fuego universal.

Despertar a la *kundalini* es atraer el fuego “de la Tierra abajo” y “del cielo arriba”, de tal manera que los cuerpos, incluido el físico, se vuelven a modo de un cetro del poder entre los dos grandes centros. El individuo, por decirlo así, penetra concientemente en el espacio entre los dos centros y se carga con la acción recíproca de la fuerza, con la *kundalini*.

Tratemos de imaginar el proceso. He escrito arriba sobre la concentración en la base de la espina. Pero la base de la espina de hecho sólo es una estación receptora, un centro de distri-

bución. Desde el centro de la Tierra y del Sol atraemos la fuerza de la *kundalini*, la concentramos en el centro de la base de la espina y la enviamos por su vitalizador camino a través de los grandes centros del ser. Hacia arriba, la *kundalini* fluye desde la Tierra a través de pies y piernas, a través de la energía creadora negativa, centro de la creación física y penetra en el globo de la base de la espina que representa y unifica a Sol y Tierra. Hacia abajo, la *kundalini* fluye desde el Sol, atemperada su avasalladora intensidad a medida que se adapta al hombre mortal rudimentario. Hacia arriba fluye una corriente de fuego, hacia abajo otra, y ambas corrientes se encuentran en la base de la espina para integrarse y convertirse en algo así como una lanza de fuerza concentrada en viaje ascendente sobre el rumbo para ella señalado. Pienso en la hermosa confluencia del poderoso Jumna y el majestuoso Ganges en Allahabad, desde donde, ya unidos, fluyen hacia abajo hasta alcanzar el mar, del cual, en verdad, ambos provienen. De la misma manera, la *kundalini* terrestre y la *kundalini* solar se encuentran en el globo de la base de la espina, para desde ahí fluir como una sola gran fuerza y adentrarse en lo

real, llevando sobre su superficie al individuo a fin de que penetre en la luz. La Tierra, negativa, y el Sol, positivo, se combinan y el poder espiritual es la fructificación de los dos.

Por supuesto, esta descripción es muy inexacta en diversos aspectos. Quizá la verdad esté en la suposición de que tanto negativo como positivo duermen, como está bien que lo hagan, hasta que ambos son despertados a la vida. El negativo no es menos valioso que el positivo. Cada uno tiene un papel que desempeñar, un trabajo que hacer.

Así, el individuo, no solamente su cuerpo físico sino todos sus cuerpos —y más los no físicos que el físico—, se convierte en un cetro de poder entre los dos globos, entre la Tierra y el Sol.

En este punto el estudiante descubre que en la perspectiva de su visión entra el gran triple fuego que está simbolizado por el caduceo. El fuego caduceico y el de la *kundalini* yacen cerca y juntos, formando un espléndido arcoiris. Ambos sirven a los mismos fines, de modos diferentes.

Existe una íntima conexión entre el caduceo formado por la línea central de fuerza y sus aspectos masculino y femenino entrela-

zados, y el fuego de la *kundalini*. Aun cuando desde cierto punto de vista las dos fuerzas son distintas, desde otro son complementarias e incluso podría decirse que idénticas y reflejos de la faceta de actividad del diamante de fuego.

El caduceo parece susceptible de ser despertado independientemente, es decir, puesto en actividad conciente por el individuo. Pero su relación con la *kundalini* es estrecha.

El estudiante cuyas vivencias se asientan aquí fue incapaz de seguir más lejos los intrincamientos de la relación y del funcionamiento respectivo del fuego caduceico y del fuego kundalínico; pero la literatura teosófica los investiga. Todo lo que pudo ver fue un curso de fuego, coloreado diferentemente, que fluye desde la base de la espina hasta el interior de la cabeza, con sutiles conexiones que siempre mantienen abiertos canales entre esas fuerzas macrocósmicas de las cuales es una corriente. Era muy fácil confundir la fuerza del caduceo con la de la *kundalini*, pues hay una alianza eterna entre ellas, y el principiante siempre tiende a percibir igualdad antes que diferencias. El estudiante de que se trata tuvo la clara impresión de que mientras el fuego del caduceo ofrecía un camino de liberación, el de la *kun-*

dalini brindaba uno de realización. En esas regiones las frases nunca deben tomarse muy literalmente, pues ahí no existen compartimientos impenetrables, apartado cada uno de los demás. Pero parecía que el *sushumna* con sus aspectos *ida* y *pingala*, o sea el caduceo, fuera una ruta de liberación del confinamiento en los cuerpos inferiores, mientras que el fuego de la *kundalini* fuera más bien una especie de testimonio de la identidad de la conciencia mayor con la menor. La diferencia quizá sea sutil y, desde un punto de vista funcional, un tanto ilusoria. Sin embargo, parece precisa, y probablemente tiene su fundamento en un hecho que hasta ahora no es perceptible con claridad. De que existe relación estrecha entre los dos fuegos no parece haber duda alguna.

La meditación en estos dos fuegos provocó fantasías y especulaciones con tendencia a salirse de control, y es natural que fuera así, puesto que se había establecido contacto con la fuerza cósmica y ocurrió una iluminación temporal de la personalidad por la luz cósmica. Hubo inmediatamente una sensación de oscilación entre las fuerzas positiva y negativa de fuego-luz-vida y Tierra y Sol. ¿Existen centros negativos y positivos en todas las individualidades, hu-

manas, no-humanas, suprahumanas, subhumanas? ¿Podríamos dividir los centros que conocemos de acuerdo con su naturaleza terrestre o su naturaleza solar? ¿Es la garganta un centro terrestre y el corazón un centro solar? Tales especulaciones introducen al estudiante en canales de investigación que por ahora son claramente infructuosos.

7

El elevado fin de la kundalini

HABIÉNDOSE iniciado el acto de inducir el fuego hacia arriba y hacia abajo de la espina, lo siguiente es producir movimiento entre los diversos centros. El primer centro valadero es el plexo solar, y ha de establecerse comunicación entre la base de la espina y el plexo solar en la zona del ombligo. El tocamiento del plexo solar hace surgir la misma sensación de expansión de la conciencia que en el caso del movimiento espinal. El estómago quizá perciba, y probablemente así sea, algún desorden, una sensación enfermiza. Pero eso no importa. El estudiante no descubrió cómo llega la fuerza hasta el plexo solar, pero parece que esto ocurre de manera indirecta.

Siempre que el fuego vitaliza un centro se presenta una sensación de expansión de la conciencia, así como de aptitudes sumamente estimuladas. En particular, la intuición se agudiza

puesto que hay un contacto muy incrementado entre los cuerpos superior e inferior, contacto en el que, por fortuna, el primero domina, pues si no fuera así, el acto del despertar de la *kundalini* se hubiera impedido.

Hasta aquí, no solamente está ausente la más leve perturbación sexual, sino que aquellos remanentes de índole sexual que pudieran haber quedado parecen haber sido transmutados y convertidos en su verdadero propósito: virilidad y creatividad y, por ende, santidad. En vez de estar confinada en la fuerza creativa localizada que en parte asume la forma de impulso sexual, la vida empieza a residir en el principio creativo universal, en el fuego de la creación: lo inferior asciende a lo superior, lo particular a lo universal. Y cuando lo particular se pierde en lo universal, con lo cual descubre su verdadera eternidad, lo universal desciende para establecer su morada en lo individual. Esto es parte del objetivo de la *kundalini*.

A veces se piensa que el avivamiento de la *kundalini* conduce a la clarividencia y a una conciencia continua entre dos planos o al enlace de los diversos niveles de conciencia como para que otros estados de conciencia puedan conectarse con la conciencia vigílica. Esto ocurre a su

tiempo, pero de mucho mayor importancia es una transustanciación verísima: la conciencia superior se convierte en joyas de la montadura de la inferior al establecer su morada en ella, o sea en la conciencia vigílica misma. La conciencia inferior sabe que es la montadura y ofrece su sustancia para recibir las joyas de la superior. Esto es de hecho el montaje de una conciencia continua. Sea que en efecto surja o no surja la clarividencia, aunque a su debido tiempo ocurrirá, es de mucho menor importancia que el establecimiento preciso de la conciencia superior —búdica y después nirvánica— en la conciencia vigílica, lo que constituye el elevado propósito del despertar de la *kundalini*. Esto significa, como antes se afirmó, una extraordinaria vivificación de la intuición: conocimiento puro, incontaminado, indeformado por la identidad personal, pues en la conciencia búdica y nirvánica ya despierta jamás puede entrar ninguna identidad personal no universalizada. La identidad personal ha trascendido, los deseos del ser inferior empiezan a ser transmutados en la voluntad del Gran Ser Único. Podríamos confiar en una intuición vivificada y purificada por la *kundalini*, pero debemos cuidar de impedir que consideraciones externas la dis-

torsionen. Si residimos en el reino de la intuición pura, nuestras conclusiones probablemente serán certeras. Confiemos en las primeras impresiones, siempre y cuando las sintamos provenientes de las profundidades de nuestro ser y no de lo superficial de él. El despertar de la *kundalini* debe situarnos de un modo permanente en lo real: éste es su objetivo supremo; todos los demás resultados sólo pueden ser accesorios a este gran fin.

Al parecer, hay dos métodos generales de avivamiento de la *kundalini*: uno que va lenta, muy lenta y cuidadosamente, prolongándose quizá a varias vidas, y por el cual las diversas facultades psíquicas se desarrollan al parejo del crecimiento general; otro que deja el despertar verdadero de la *kundalini* para el último momento, por así decirlo, y luego, cuando todo está seguro y la palabra del maestro ha sido emitida, despierta de golpe a la *kundalini*. Este método tiene, en cierto sentido, más riesgo, pero no debe ocurrir esto si el individuo está alerta. Esto me recuerda la botadura de un barco: cuando es bajado al mar, aumenta poco a poco su velocidad, pero únicamente cuando todos los detalles de la grada han sido atendidos con el cuidado más

meticuloso; sin embargo, una vez puesto en marcha se aventura a viajar rápidamente. En algunos casos se emplea este último método; en otros, el primero.

Como un marco del avivamiento correcto de la *kundalini*, existe siempre un deseo extraordinario de utilizar la fuerza intensificada en ayudar a otros. Con frecuencia uno se convierte deliberadamente en una placa fotográfica negativa que “se expone” ante quienes están cerca, como para conocer de modo directo sus necesidades. Este anhelo de servir a los demás es grandemente estimulado, y en verdad puede brindarse mucho mayor ayuda debido a la vivificación de la intuición. Incluso uno se siente inclinado a aconsejar con toda franqueza a algunos de sus amigos, *si ellos preguntan*, sobre lo que necesitan, y este consejo está a la mano en virtud de que el individuo ha discernido con mucha claridad, gracias al auxilio de la *kundalini*, lo que él mismo requiere. Al individuo le es posible ayudar a otros porque él ha descubierto cómo ayudarse a sí mismo. Pero discreción y tacto son lo más valioso de esto, y uno no debe oponerse al afán por ser útil.

8

Centros y funciones de la kundalini

ALGUNOS estudiantes, los más avanzados, frecuentemente muestran a sus condiscípulos varias formas de servirse de la *kundalini*, la que, a propósito, parece de color carmesí. Un método es el de envolver al discípulo en el aura del maestro llena de la *kundalini*, como para que tome un baño de ella. Ésta es una vigorización potente y no causa daño alguno, siempre y cuando el instructor tenga el cuidado, como lo tiene, de ver que en el individuo no haya características destacadas que pudieran intensificarse indeseablemente con el estímulo de la *kundalini*. Téngase presente que bañarse en la *kundalini* no implica su despertamiento, pues en cierto modo todos nos estamos bañando en ella, que es el principio vital, el *élan vital* de Bergson. Pero permitir que una persona se bañe en lo que podría denominarse *kundalini* concentrada requiere cautela. Podría ser

lo adecuado para una persona no desarrollada que poseyera una disposición inobjetable, y también para una persona desarrollada que ya hubiera aprendido a dominar su naturaleza inferior.

De cualquier manera, una de las razones por las cuales los hermanos mayores no pueden vivir en el mundo externo es el efecto de su *kundalini* supremamente dinámica sobre el individuo medio. Sabemos, por ejemplo, que una estación radiofónica se carga de electricidad: el aire se encuentra saturado de ésta. El ambiente eléctrico da lugar a efectos adversos en algunas personas. De manera parecida, en grado de mayor intensidad, la proximidad física de un hermano mayor vigorizado por el fuego kundalínico acarrearía consecuencias incluso peligrosas para mucha gente. El mundo no está preparado todavía para tal estímulo. Consideremos el impacto que Cristo causó sobre las personas hace dos mil años, aun cuando él se servía del cuerpo de un discípulo. El fuego kundalínico de éste, intensificado inevitablemente por la presencia inmediata de Cristo, inflamó a la gente de una manera u otra. No hubo el autocontrol adecuado para soportar la tensión de la escrutadora penetración de la *kundalini*.

Se nos ha dicho que esto estaba previsto y que la obra planeada fue llevada a cabo cuando unos cuantos alumnos se volvieron aptos para transmitir el mensaje de Cristo a las generaciones futuras. No se esperaba más de los hombres de aquel tiempo, o quizá no mucho más, pues se comprendió que la fuerza introducida en medio de ellos probablemente no la soportarían. Sin embargo, por el beneficio de aquellos pocos discípulos que pudieron ser inspirados para, más adelante, llevar el mensaje a generaciones aún por nacer, tuvo que correrse el riesgo de la no aceptación y del asesinato del vehículo físico del Señor. ¿Será acaso que el *karma* de los judíos no es tan grave como de lo contrario se imagina, ya que estaban cara a cara ante una fuerza cuyos efectos ni siquiera el amor del mismo Cristo pudo neutralizar, o debo decir más bien que no pudo desviar, transmutar o velar?

El fuego kundalínico es la esencia del amor de Dios, de manera que no puede tratarse de una cuestión de neutralización sino, mejor dicho, de proteger de una luz cegadora a los ojos. Esto no pudo hacerse perfectamente hace dos mil años.

En relación con esto, hay algunas complejas

consideraciones que estimo innecesario tratar aquí. Una de ellas, por ejemplo, es hasta qué punto debe evitarse el contacto constante e inmediato con las multitudes, puesto que gran parte del trabajo se realiza en centros, en lugar de hacerlo en medio de la gente.

Así, la palabra de un salvador es transmitida al futuro, en parte por la proyección de su vida en sus discípulos, en parte mediante la transmisión hecha por éstos y por medio de los libros, pero, en su mayor parte, y principalmente, por conducto de centros kundalínicos sumamente cargados en los que la *kundalini* se concentra en áreas especiales sobre la superficie de la Tierra: piscinas de fuego, albercas espirituales, que son en lo que de hecho se transforman, así como en centros para la emanación del fuego por todo el mundo.

Volviendo a los métodos para usar el fuego kundalínico, otro podría ser el de dirigir una corriente a través de la cabeza del individuo por medio de lo que vendría a ser un boquete en forma de embudo, a fin de que la corriente inundara el cuerpo o, mejor dicho, los cuerpos. Éste es un método seguro para usar la fuerza, puesto que refleja el principio de la fructificación, la que siempre proviene de arriba: los

rayos solares, la lluvia, etcétera. Debe tenerse el cuidado, sin embargo, de que la fuerza así empleada esté equilibrada en intensidad a la receptividad del individuo. Algunas personas podrán soportar hasta una tormenta tropical, pero la mayoría de ellas no necesita sino una suave llovizna.

Un tercer método del uso del fuego se emplea cuando se trata de protegerse de maquinaciones de los hermanos de las sombras. Un estudiante se encontró ante el caso de una persona indeseable que incitaba a la gente a suicidarse y que la había apremiado hasta el extremo de colocarle cuerdas alrededor del cuello. En estas circunstancias, la autoridad permitió al discípulo rociar sobre el indeseable individuo (o posiblemente sobre la “forma de pensamiento” que brota de un individuo indeseable) un penetrante chorro de fuego carmesí. En cuanto a la forma, fue destruida de inmediato, liberando así instantáneamente de su obsesión a las víctimas. ¿Qué clase de repercusión hubo sobre aquel individuo? Probablemente enfermedad, posiblemente desintegración. Un aspecto curioso del suceso pareció ser el hecho de que el fuego era dirigido desde un centro. Tal parece que la *kundalini* puede ser

emitida desde cualquier centro, aunque preferentemente desde el del plexo solar o desde el que corresponde al entrecejo. Así empezamos a comprender que los grandes centros del cuerpo son los principales distribuidores de fuerza. No es una cuestión de ojos o manos o pies, sino de centros.

9

La individualidad de la kundalini

ES BASTANTE curioso que aun cuando parezca haber obstrucción en lo alto de la cabeza —no en el centro de ésta sino de hecho en su parte superior—, la *kundalini*, hasta cierto punto, penetra y se abre paso a través de la coronilla a fin de proyectarse más allá del cuerpo físico, como si fuera una fuente de agua de colores. El resultado es una corriente que se despliega y semeja un embudo del que fluye la *kundalini*, que escurre, dijéramos, por los bordes. En un principio este embudo sobresale tan sólo un poco, pero a medida que el proceso de penetración avanza, la fuerza de la corriente aumenta y la *kundalini* se eleva hasta gran altura. Todas las obstrucciones de la cabeza desaparecen, dando por resultado el contacto —un canal horadado entre los diversos tipos de conciencia— que conduce hacia una conciencia continua y una relación constante entre

los diversos planos y la conciencia vigílica del cerebro.

¿Cuál es la naturaleza de la obstrucción en la parte superior de la cabeza? Tiene la apariencia de una masa de granos de “arena” de color amarillento, entre la cual la *kundalini* está tratando de horadar un pasaje permanente, despedazando la masa, haciendo un agujero a través de ella: un proceso de cierta dificultad, de algún dolor y de alguna proporción de peligro. Al principio, la *kundalini* solamente está encendida. Al transcurrir el tiempo, el calor tiene que convertirse en un núcleo ardiente y más tarde en un fuego que consume, purifica y libera.

Supuestamente estos granos de “arena” son células y no se encuentran tan juntas una de otra como para que la *kundalini* no pueda hacer alguna especie de pasaje, tal como el agua puede escapar a través de un cedazo.

Resulta interesante observar la naturaleza del proceso de despertar a la *kundalini* cuando tiene lugar durante el sueño del cuerpo físico. La observación más interesante es respecto a la densidad o solidez de la *kundalini* misma. Desde un punto de vista, la *kundalini* es un fuego líquido; pero desde otro hay un símil exacto

de ella en la colocación de un poste largo dentro de un hoyo en el suelo. La tierra tiene que ser perforada y el poste insertado en el agujero.

Similarmente, en los cuerpos inferiores todo impedimento tiene que quitarse del camino que la *kundalini* habrá de recorrer; impedimento tanto físico como etéreo, y posiblemente superior también. Y el cuadro que el estudiante vio con el ojo de su mente conforme despertó fue el de escarbar y quitar sólidos de densidades variables para que otra clase de sólido pudiera entrar en el pasaje así vaciado. Uno bien podría emplear el símil de perforar el suelo: durante esta actividad se encuentra tierra, luego tierra y agua, después quizá agua únicamente y, si uno profundizara lo suficiente, hallaría masas derretidas y gases de diversas clases.

Ahora bien, aquí el propósito es horadar hacia arriba para dar paso a la *kundalini*, y los mismos tipos de obstáculos aparecen: diferentes clases de sólidos (aunque los denominemos sólidos, nos referimos a líquidos, gases, etcétera). Todos son sólidos. La *kundalini* es un sólido, y si ha de desempeñar su trabajo, otros tipos de sólidos tienen que ser eliminados del camino.

No es que no pueda más o menos penetrarlos; puede hacerlo y de hecho lo hace, hasta cierto punto. Pero su principal objetivo no se cumplirá a menos que tenga un pasaje completamente despejado, y esto involucra la eliminación, aunque quizá solamente en muy pequeño grado, de la obstrucción física, o posiblemente el amontonarla en un lado u otro tal y como una multitud tendría que dar paso a una procesión que se aproxima. Probablemente ocurra en parte una combustión y en parte ese amontonamiento hacia un lado u otro.

A medida que el canal se va formando, el poste de la *kundalini* es lanzado hacia arriba. La realización de este hecho es sólo cuestión de tiempo. La imagen de la *kundalini* como un poste que gradualmente es insertado en un hoyo parece ser más exacta de lo que a primera vista se piensa. Las distinciones que hacemos de sólidos, líquidos y gases, etcétera, son términos relativos. Existen ciertos sólidos en comparación con los cuales las cosas más compactas que conocemos son supremamente ligeras y etéreas. Algunos de ellos se localizan en las entrañas de la Tierra. Ésta es una manera de considerar a los sólidos. Otra manera es mirar lo crecientemente real como, en el más auténtico

sentido de la palabra, “sólido”, crecientemente sólido, *sustancial*. Desde este punto de vista, la *kundalini* es más sólida que la sustancia más sólida que conozcamos, usando la palabra “sólida” como sinónimo de real.

Al tratar sobre la *kundalini* con estos términos, uno está conciente de su solidez en comparación con la de la materia física o la de sustancias que le siguen en grado de consistencia, desde el punto de vista del plano físico a la materia física. La *kundalini* parece mucho más sólida que éstas, y el proceso de despertarla puede así compararse muy adecuadamente con la extracción de tierra y lodo a fin de poder clavar un poste de madera sólida, como ya se ha sugerido. Dicho poste sería relativamente más duro que la tierra o el agua. Igualmente, la *kundalini*, desde cierto punto de vista, es mucho más consistente que las barreras que tienen que ser eliminadas. No me sorprende, por consiguiente, que la traducción a términos de conciencia vigílica de lo que vendría a ser un proceso de excavación durante el sueño del cuerpo físico se exprese como la extracción de tierra y agua a fin de hacer un hoyo en el que pueda penetrar un objeto en verdad muy sólido.

En cierto sentido, la materia mental es mu-

cho más “sólida” que la materia emocional, la búdica lo es más que la mental, la nirvánica más que la búdica; lo mismo que el espacio puede ser considerado más “sólido” que aquello que lo llena. Lo que llamamos materia sólo puede estar ahí donde el más sólido “espacio” no está para evitar su presencia: tenemos que quitar espacio para hacerle lugar a la materia, pero a veces debemos suprimir materia para darle sitio al espacio, y esto es lo que hacemos cuando despertamos a la *kundalini*, pues ella pertenece, relativamente, más al espacio que a la materia.

Existen especulaciones acerca de la *kundalini* con las cuales uno casi teme ser complaciente. Fuego universal, cósmico como lo es, parece sin embargo estar constituida por innumerables y diversos elementos, y uno u otro de éstos resplandece según se encienda el fuego en individualidades pertenecientes a alguna de las grandes corrientes evolutivas. Cada centro representa una línea de energía, y en cada individualidad, por ende, un centro es el dominante, mientras que otro le sigue en importancia. Así la *kundalini* se adapta a la nota predominante en el individuo y parece energizar los diversos centros según su respectiva impor-

tancia en ese particular cuerpo humano. Sigue su curso con ligereza, por así decirlo, por los centros subdominantes, excitándolos a una vivificación menor únicamente, pero dando en verdad fulgor a los centros que tienen especial preminencia. Y este principio priva a todo lo largo del proceso evolutivo tanto en el vasto macrocosmos como en el más diminuto microcosmos.

Pero la *kundalini* definitivamente estimula cada centro, dando vueltas como cada uno gira, palpitando y abriéndose paso hacia arriba hasta el gran entronque de la cabeza. Parece haber poca duda sobre la existencia de un movimiento espiral, como de tirabuzón, de la *kundalini* cuando va hacia arriba para reunirse en los centros que tienen preminencia debido al *rayo*¹ y temperamento del individuo, y a veces vivifi-

¹ La teosofía enseña que toda vida, ya esté en mineral, planta, animal u hombre, es la vida única. Esta vida única, mucho antes de empezar su trabajo en la materia mineral, se diferencia en siete grandes corrientes, cada una de las cuales tiene sus propias características especiales e invariables. Estos tipos fundamentales se conocen como los *rayos*: se encuentran entre los hombres y todos pertenecemos a uno u otro de ellos. En la raza humana siempre se han reconocido desemejanzas fundamentales de esta clase. Hace un siglo, los hombres eran descritos como del tipo linfático o el sanguíneo, el vital o el flemático, y los astrólogos nos clasificaban con los nombres de los planetas como hombres-Júpiter, hombres-Marte, hombres-Venus u hombres-Saturno, y así por el estilo.

cando algunos centros que necesitan especial estímulo en virtud de cierto trabajo que el sujeto debe emprender. Aquí, un centro es estimulado más que los demás; allá, otro es destacado sobre el resto. Y al observar esto, uno piensa si las naciones y las razas, o las religiones y las sectas, tienen su centro superior así como sus centros subordinados, de manera que el fuego de la *kundalini* tenga que ser todo para todos los centros.

Uno se pregunta si lo mismo será verdad respecto a la tierra, el mar, el valle, la montaña, el bosque, la llanura. Y luego viene la especulación sobre el centro supremo de la Tierra. La Tierra, según se nos dice, tiene su propio color, su propia nota. ¿No tendrá también su centro especial? No parece haber duda alguna sobre ello, y también debe ser así en el caso del Sol, de un sistema solar y, de hecho, de todo organismo. Y cuando uno trata de seguir esta especulación con la visión interna, se pierde en regiones de conciencia que tienen vedada la exploración, y uno, sabiamente, regresa, aunque lamentándolo, hacia aquellos reinos que están en espera, como esos otros no lo están todavía, de ser conquistados por nosotros.

La sensación quemante, tan usualmente aso-

ciada con la *kundalini* y de ninguna manera restringida a los canales por los que pasa a través del cuerpo, no es necesariamente inevitable. Puede haber una sensación de frío, de presión, de un reventón; esto último generalmente dentro de la cabeza. Algunos estudiantes han experimentado una incómoda elevación de la temperatura a lo largo del tronco, que se extiende hasta dentro de la cabeza, de tal manera que toda la parte superior del cuerpo parece estar intensamente caliente, emitiendo calor hacia todas direcciones.

Pero siempre, y esto es una prueba decisiva de lo correcto de la vivencia, todo el cuerpo se vuelve comparativamente universalizado en lo referente a su sensibilidad. El cuerpo entero se vuelve, digámoslo así, una medida de lo real, de tal modo que el discernimiento, como se ha dicho antes, está activo desde la punta de los pies hasta la coronilla. Éste es un reflejo sobre el plano físico de la ausencia de localización de facultades en los cuerpos internos, que es tan evidente en el cuerpo físico mismo. Surge, con la vivificación de la *kundalini*, una fusión de los cuerpos inferiores con los superiores, con la cual comienza a haber un solo vehículo receptivo y activo en todos los componentes de su ser.

En las regiones superiores de conciencia cesamos de hablar sobre vehículos, pues el lugar de éstos es tomado por resplandores, y cuando la *kundalini* esté aún más desarrollada, la conciencia, que en el cuerpo físico tiene localizaciones y en los cuerpos superiores se extiende hasta los límites de éstos, quedará en la más elevada región, reunida en un solo centro, desde el cual brotarán rayos hacia todos lados.

La evolución consiste en un avance hacia la totalidad de la vida manifestada, en hacer contacto con las más lejanas circunstancias; pero el camino de regreso es traer al centro, etapa por etapa, los frutos del avance, la suma total de las experiencias. Así, parece que hemos llegado al punto de concluir que de alguna manera misteriosa la *kundalini* permanece invariablemente individual para su receptor, aun cuando sea siempre inseparable del fuego universal del cual surge. Tal parecería que la *kundalini*, de algún esotérico modo, participa de la naturaleza del átomo permanente,² que no pue-

² El núcleo central de los cuerpos de cada hombre es un átomo permanente, así llamado porque se mantiene constantemente dentro de la periferia del aura superior, aun cuando el cuerpo mismo se haya desintegrado. Al renacer, de este átomo emana una sustancia que semeja una red o tejido, y dentro de ella las partículas atómicas verdaderas del nuevo cuerpo son elaboradas. El uso de los átomos permanentes es

de desintegrarse y que forma el fuego eterno de la individualidad evolucionante.

He dicho que no puede desintegrarse. Desde cierto punto de vista nada se desintegra. Lo que cualquier cosa puede hacer es volver a casa por un tiempo, y esto es lo que la *kundalini* probablemente lleva a cabo. El paso de la *kundalini* a través de los centros del cuerpo, su selección de uno o más centros especiales para una vivificación mayor, su emisión desde la cabeza, sus fuerzas unificadoras, todo es ni más ni menos que la acumulación de experiencia para el fuego que es el individuo mismo.

Quizá se perciba con claridad que debemos dejar el hábito de considerar nuestros cuerpos tan sólo como carne y huesos, nada más como materia, según se le conoce en estos tiempos de corta visión. Todas las cosas son modos de manifestarse la una a la otra. Son formas de patentización del fuego o de cualquier otra expresión suprema del espíritu creativo que podamos concebir. En las escrituras cristianas tenemos el

para preservar dentro de ellos mismos, como fuerzas vibratorias, los resultados de todas las experiencias por las cuales han pasado. No debemos pensar que el diminuto espacio de un átomo está repleto de innumerables cuerpos vibrantes, sino de una limitada cantidad de cuerpos, cada uno capaz de producir incontables vibraciones.

concepto de fuego como el tercer aspecto de la Trinidad: Dios Espíritu Santo. Pero detrás de todas las divisiones está el Uno Sin Segundo, y en verdad es cierto que todo lo que podamos afirmar de las manifestaciones del Único podemos afirmarlo con mayor razón aún del Único mismo. Así que desde un aspecto podemos representar al espíritu creativo como fuego, y todo lo que de él proviene como fuego, ni más ni menos. De ahí que pensemos sobre la *kundalini* como el corazón, el fuego permanente de los vehículos de un individuo y que creamos ver en el átomo permanente el fuego de la *kundalini* esperando su siguiente manifestación.

Se piensa que hay inhalaciones y exhalaciones, pulsaciones de la *kundalini*. La observación parece demostrar que todas las cosas respiran, y que pueden asignarse a estas respiraciones las más maravillosas interpretaciones. La intensidad de la *kundalini* aumenta y disminuye, sube y baja hasta en sus pulsaciones. Es muy difícil seguir todo esto, pues el estudiante que ha estado haciendo la observación carece de experiencia, a lo cual hay que añadir que se ve enfrentado a las intensificaciones que se producen en su propia *kundalini* debido a las mismísimas observaciones que realiza. La aten-

ción alimenta, así como la desatención suscita hambre, y estas constantes vivencias y experimentos incrementan la actividad de su propia *kundalini*. Es evidente que en estos altibajos la *kundalini* es profundamente afectada por el ambiente que circunda al cuerpo en que reside. En los grandes espacios abiertos, en el armonioso, rítmico y bien ordenado hogar, en el mar, en la proximidad de cerros y montañas, en juntas especiales con fines elevados, en reuniones ceremoniales bien dirigidas, en iglesias, templos y mezquitas en cuyo derredor se ha acumulado una devoción pura, en centros de enseñanza donde todo temor está completamente ausente y donde una hermosa relación subsiste entre maestros y alumnos; en todas estas condiciones así como en otras del mismo tipo, la *kundalini* se acrecienta. Pero en las poblaciones y ciudades, en los lugares atestados, en teatros, restaurantes y cines, en la ordinaria asamblea pública carente de algún elemento edificante, la *kundalini* decae; o sea que no recibe ningún estímulo. Sin embargo siempre hay una especie de marea en su curso: un flujo y reflujo, un ascenso y descenso, por imperceptible que sea. Sería difícil creer que la *kundalini* se encontrara alguna vez realmente dormida, por inacti-

va que parezca, pues necesariamente participa en el funcionamiento kundalínico que ocurre dondequiera, y como *kundalini* en conjunto está en movimiento en todo espacio. No obstante, nosotros alimentamos y sometemos a privaciones a la *kundalini* con las mismas pequeñeces de nuestro cotidiano vivir físico, emocional, mental y superior.

Una observación de gran interés para el estudiante que hacía estos contactos fue el uso de lo que es llamado el tirso en los despertamientos especiales de la *kundalini* que de tiempo en tiempo ocurren. El tirso tiene la propiedad magnética de extenderse y entrar en contacto estrecho con la *kundalini*, haciendo que ésta lo siga, como el hierro al imán. En la antigüedad, el tirso era muy bien conocido y evidentemente se usaba en casos en que se prescribía algún tipo de estímulo artificial para la *kundalini*. Indudablemente, era conocido por los antiguos yoguis de la India, y por los egipcios y los griegos. El tirso estaba hecho de algún metal de color blanco brillante, era de forma cilíndrica de, más o menos, 60 cm de largo y tres de diámetro; parecía una regla ordinaria. Se colocaba en la base de la espina y luego era movido hacia arriba, de modo que lo siguiera

la *kundalini*. Por supuesto, el tirso sólo podía ser usado por quienes ya tuvieran un conocimiento profundo acerca del funcionamiento de la *kundalini*.

10

La música de la kundalini

¿PODRÍAMOS describir el gran fuego serpentino de la *kundalini* en sus glorias fundamentales, en sus colores, en sus formas, en sus notas musicales? ¿Podríamos describir su canto? ¿Podríamos describir su arcoiris?

La *kundalini* es música, es color. Es un arcoiris, es un canto perfecto. El estudiante siente esto a medida que penetra en la naturaleza de ella. La *kundalini* viene de la lejanía, esparciendo nubes de color y de sonido. La *kundalini* es fructificación perfecta de la vida. Es consumación de la vida. Vibra de experiencia consumada. ¿Experiencia de quién? De Aquel que ha sido único, pero que ha transformado en gloria sobre gloria los desenvolvimientos de su camino evolutivo —desenvolvimientos en la oscuridad y en la luz, en la paz y en la tormenta, en la alegría y en la tristeza—; de aquel que ha sembrado experiencias y ha cosechado flores,

un jardín de flores, flores que cantan, flores que exhalan color.

Si tan sólo pudiera el estudiante escuchar el canto de la *kundalini*, si le fuera posible al menos “ver” los colores del fuego, sabría entonces lo que es la vida, pues estaría penetrando en el mismísimo corazón del ser. Pero sus sentidos están embotados, aun aquellos con cuya ayuda experimenta y tiene vivencias. Puede conocer lo que para él es cognoscible y puede ver como a través de la bruma lo aún incognoscible, y a través de la bruma llega la gloria de una vibrante majestuosidad de sonido, una singular vibración sonora que envuelve e inunda el orbe entero, pero que contiene en sí un verdadero mundo de música. A través de la bruma, también, llega el esplendor de un grandioso arco-iris, no menos envolvente e inundante. Todo está vivo de sonido coloreado, de color que canta, de canto pleno de color.

El estudiante percibe que no podría sugerir un color o una nota como expresivos de la *kundalini*, pues cada uno de nosotros se oye a sí mismo de manera distinta, se ve diferentemente, en este cristal mágico de color y sonido mezclados.

Que cada quien escuche, que cada uno

vea. Sería casi una blasfemia empañar la pureza sin par del cristal.

Y sin embargo nuestra *kundalini* —la *kundalini* cósmica proveniente de nuestro señor el Sol y la *kundalini* individual procedente de nuestra madre la Tierra— tiene su nota dominante, diferente de las notas dominantes de otras formas evolutivas, y es una mezcla del canto del Sol con el de la Tierra. Nuestro señor el Sol entona su canto para todo su universo. Nuestra madre la Tierra, en respuesta, canta su nota: la nota de la vida que se desenvuelve en su seno. De igual manera, nuestro señor el Sol emite su color, y nuestra madre la Tierra lanza, en todo su color, su resplandor en recíproco homenaje.

¡Cuán cerca parece a veces llegar el estudiante al canto de la *kundalini* del Sol, a su color, y al canto de la *kundalini* de la Tierra, a su color! Él se percata en seguida de que la Tierra es sólo una imagen del Sol, su padre. El canto de la Tierra, su color, son sólo sombras inmaduras de esa sustancia venidera perfectamente resplandeciente en el Sol. Él observa que la canción entera que proviene de la Tierra y todos los mensajes de color son sólo alabanzas al Señor de todo; y desde las alturas del hombre en todos sus atavíos de cuerpos hasta el más

modesto átomo en el más bajo de los reinos de la naturaleza, el estudiante escucha un canto de alabanza y vibraciones cromáticas de aspiración. Nuestro señor el Sol los ha encendido a todos; los ha puesto a cantar, los ha puesto a brillar en miriadas de matices, y ellos, en su alegría, en su profundo conocimiento de que así como él es ellos lo serán gracias al misterio de la existencia de él como color y como sonido, le ofrecen lo que de él han recibido. Nuestros cantares, nuestros colores, nuestra vida, nuestra luz, nuestra gloria proceden de él, y nosotros alzamos nuestros dones para que él pueda ver que lo apreciamos.

La *kundalini* le canta al estudiante con la voz de todo lo viviente. El discípulo empieza así a conocer toda la vida, no por extroversión, sino por introspección. En lo recóndito de su propia *kundalini* —perdónese el uso del posesivo— él descubre el secreto de la unidad de la vida, como ha conocido la solidaridad de la vida en el exterior.

Existe la unidad, y ella entona un solo canto, aunque a ese canto lo compongan un sinnúmero de notas. Existe la unidad, y ella emite un solo color, aunque a ese color lo componga una infinidad de colores. Sólo hay un canto, sólo

hay un color para cualquier tipo de vida que se manifieste sobre este globo kundalínico denominado Tierra. En la *kundalini* escuchamos el canto, vemos el color. Y cuando somos capaces de exteriorizar aquello que por tanto tiempo ha tenido que permanecer interno, remoto e inaccesible y sólo se ha revelado algunas veces, cuando por fin somos la unidad, trascendemos el reino humano —como lo hemos hecho con los reinos que están más abajo— y la majestad del mundo de la materia es nuestra.

La *kundalini* es en verdad resonante. Puede ser escuchada por aquellos que tengan oídos para oír. Es sustancial, aunque más espacial aún, y puede ser vista por aquellos que tengan ojos para ver. La *kundalini* no es pura abstracción fantástica, no es una simple teoría, una mera manifestación de una imaginación desbordante. Ella vive, ella canta, ella se atavía de centelleantes colores.

Cuando la busquemos dentro de nosotros y por ventura tengamos un vislumbre —ya en su sueño, ya en movimiento— de su misericordiosa esquivez, entonces, si nuestros ojos y oídos están siquiera levemente abiertos, percibiremos su atavío y escucharemos su voz. Y éstos serán nuestro atavío y nuestra voz, no como son ahora

sino como algún día serán. Mientras tanto, ¿no vale la pena buscarla, no esforzándonos por despertarla antes que su justo sueño termine, no perturbándola si ocasionalmente incursiona dentro del dominio que le corresponde iluminar, sino sólo esperando, como este estudiante esperó con respeto, sin el menor asomo de deseo por una respuesta?

La manera de buscarla es soltar nuestros amares, romper los barrotes de todas las prisiones del cuerpo físico, de los sentimientos, las emociones y la mente, y perdernos en los espacios amorfos de las infinitudes de la vida. Es necesario “sentir” las infinitudes en su naturaleza sin límite, no saliendo infinitamente lejos sino estando infinitamente quietos. No hay lejos ni cerca cuando la quietud perfecta se logra. No obstante, la quietud es vocal. Es supremamente tranquila porque está vibrando —descarfa que hubiera una palabra que expresara la vibración en un grado supremo de imperceptibilidad— con el canto, la voz, de la quietud. Cuando esa suave, pequeña voz, ilimitadamente potente por la mismísima razón de su pequeña apacibilidad, es escuchada, entonces estamos percibiendo a la *kundalini*, lejana, sí, inevitablemente lejana, pero que en el futuro distante ha de

ser la voz nuestra, nuestro ser mismo cantando de júbilo.

Así también, en la perfecta claridad del silencio advertiremos una tibieza causada por el calor del color. Entonces notaremos la presencia de la *kundalini*, lejana, sí, inevitablemente lejana, pero que en el futuro distante ha de ser el color nuestro, nuestro ser mismo brillando de júbilo.

11

Relato de una vivencia

PERMÍTASENOS concluir este breve libro con la narración de una vivencia que desde algún punto de vista puede parecer completamente alejada de la *kundalini* y que, sin embargo, de hecho fue el resultado directo del avivamiento de este poderoso fuego y de un claro deslizamiento sobre su superficie, “regresando” del por ahora indescubrible pasado. En verdad que la *kundalini* sí derriba barreras no únicamente de conciencia en términos de materia, sino también en términos de tiempo. Los lindes entre presente y pasado, y entre presente y futuro, son trascendidos —en todo caso dentro de límites— y lo eterno se vuelve lo real en vez de los modos de tiempo. El estudiante que experimentaba y tenía las vivencias se hallaba más interesado en lo pasado que en lo presente o lo futuro, así que cuando era posible viajar, él tendía a trasladarse de preferencia “hacia

atrás” que hacia afuera o adelante. De ahí la vivencia que sigue.

El estudiante se halla sobre una corriente kundalínica y se mueve en dirección a los comienzos del tiempo, hasta donde a esta particular evolución se refiere.

Él se desplaza hacia atrás, y atrás, y atrás, hasta encontrarse extrañamente inmerso en las majestuosas profundidades del principio de una nueva época de vida.

Mira alrededor de él, aunque quién sea precisamente este “él” no lo sabe, principalmente porque no le importa saberlo: es lo que está mirando lo que lo absorbe.

Él ve ante sí —¡cuán inadecuadas son las descripciones que necesariamente se expresan en pobres terminologías físicas!— una gran extensión de sustancia. Materia no es la palabra adecuada; ni siquiera lo es sustancia. La voz mar sería mejor si no denotara tan forzosamente un líquido. La frase bien podría decir “una vasta extensión de fuego”, pero también ésta es inexacta.

De cualquier manera, hay una amplia extensión cuya naturaleza consiste en que ella es conocida y, por tanto, tiene dentro de sí el conocimiento en potencia. Que esta frase resulte

inteligible o no quizá sea dudoso. Pero la característica dominante de la extensión es la circunstancia de que se le conoce todo el tiempo, y que en ese conocimiento reside el hecho de su propia potencia para conocer.

Siendo conocida, hay un conocedor involucrado. Y el estudiante concibe inmediatamente el principio de que en el comienzo de un desenvolvimiento evolutivo hay dos elementos: algo conocido y un conocedor. Hay una infinidad de lo conocido y un conocedor que en sí mismo resume la apoteosis del proceso evolutivo al que él perteneció. Es un dios y más que un dios. Es un Sol.

El estudiante percibe que por razón misma del conocedor se podría postular que lo conocido consiste en una infinidad de conocedores en su devenir.

Lo conocido consta, por tanto, de innumerables conocedores que no conocen. O bien, hay incontables fuegos que no arden. Sobre esa extensión el conocedor exhala el fuego de su conocimiento. Y así se inicia la evolución.

Múltiples fuegos empiezan a arder en el espíritu de su inflamabilidad, pues lo inconciente ha encontrado su pareja en lo conciente. Lo

conocido ha hallado por compañero al conocedor.

Surgen chispas.

Las chispas se convierten en llamas microscópicas y les es añadido el combustible de reino tras reino de la naturaleza por el conocedor, quien ha conocido imperios y los ha hecho surgir mediante el fuego kundalínico.

Las llamas se tornan más grandes. Más y más experiencia combustible.

Las llamas revientan en fuegos microscópicos.

Los fuegos se expanden en conflagraciones, fuegos de imponente grandiosidad.

Reino tras reino alimentan las chispas, las llamas y los fuegos, hasta que todo combustible humano se convierte en fuego, como ya se ha convertido el combustible de los reinos mineral, vegetal y animal.

Y entonces los fuegos, triunfantes, entran en la esencia del fuego. La mismísima forma de éste se consume y su vida ígnea resplandece en pureza perfecta.

De forma ígnea a vida ígnea.

Así, penetra en las regiones inconmensurablemente trascendentes, en donde acaso aun la esencia misma del fuego se funda en lo que está más allá.

De esta manera lo conocido deviene conocedor.

Y el conocedor se retira a la trascendencia del ser. En el regazo del ser reposa para la nueva creación.

HAY LA QUIETUD DEL SILENCIO DE LA ETERNIDAD.

En el silencio, la clarinada de una límpida nota de avance hace vibrar al silencio al ritmo de su propia perfección.

El conocedor hace su aparición.

Y sobre la extensión de algo conocido él sopla el fuego de su conocimiento.

De nuevo empieza una evolución.

Y todos son conocedores en el devenir.

Kundalini, una experiencia oculta, vol. 6 de la Serie Esoterismo y Realidad, séptima edición, se imprimió en abril de 2002 en los talleres de Editora y Distribuidora Yug, Puebla 326-1, Col. Roma, México, D.F.

